

—Maldicion! exclamó el capitán, y cayó al suelo.

Esmeralda se desmayó. En el momento en que se la cerraban los ojos y en que perdía la sensibilidad, sintió sobre sus labios un contacto de fuego, un beso tan abrasador como el hierro candente del verdugo.

Cuando volvió en sí estaba rodeada de soldados, y vió que se llevaban al capitán, que yacía bañado en su propia sangre: el sacerdote había desaparecido. La ventana del fondo de la estancia, que daba al río, estaba abierta de par en par; vió que los soldados recogían una capa, que suponían que pertenecía al oficial, y oyó decir á su alrededor:

—Es una gitana que ha asesinado á un capitán.

LIBRO OCTAVO

I.

El escudo convertido en hoja seca.

Gringoire y toda la Corte de los Milagros estaban con mortal inquietud, porque hacia ya más de un mes que no sabían qué era de Esmeralda, lo que entristecía en gran manera al duque de Egipto y á los hampones: tampoco sabían lo que le había sucedido á la cabra, y esto redoblaba la pesadumbre de Gringoire. Desde una tarde que se ausentó la gitana hasta entonces no había dado señales de vida, y todas las pesquisas que hicieron para encontrarla habían sido completamente inútiles. Algunos bromistas decían á Gringoire que la habían encontrado aquella noche última en las cercanías del puente de San Miguel en compañía de un capitán; pero aquel marido según la moda de la Bohemia era un filósofo incrédulo, y sabía mejor que nadie hasta qué punto era virgen su mujer; porque había podido juzgar del inexpugnable pudor que resulta de las dos virtudes combinadas, la del amuleto y la de la gitana, y había calculado matemáticamente la resistencia de aquella castidad elevada á la segunda potencia; no abrigaba, pues, por esta parte el menor temor.

Tampoco podía explicarse aquella desaparición, que le causó tanto sentimiento, que hubiera enflaquecido á no haber sido esto materialmente imposible. Llegó

á olvidarlo todo, hasta sus aficiones literarias, hasta su gran obra *De figuris regularibus et irregularibus*, que pensaba imprimir con el primer dinero que adquiriese (porque no soñaba más que con la imprenta desde que vió el *Didascalon* de Hugo de Saint-Victor, impreso con los célebres caracteres de Vindelin de Spira).

Un día que pasaba por delante de la Tournelle criminal, vió gran gentío en las puertas del palacio de Justicia.

—Qué es eso? preguntó á un joven que salía del palacio.

—No lo sé, señor, respondió el joven. Dícese que están juzgando á una mujer que ha asesinado á un capitán. Como parece que hay algo de hechicería en todo eso, el obispo y el provisor han intervenido en la causa, y mi hermano, que es el arcediano de Josas, no se separa del tribunal. Tenía yo que hablarle, pero no he podido llegar hasta él por impedírmelo la muchedumbre, y esto me fastidia de veras, porque necesito dinero.

—De buena gana os lo prestaría, caballero, pero si mis gregüescos están agujereados no es por el peso de las monedas, le contestó Gringoire, el que no se atrevió á decirle que conocía á su hermano, que no había vuelto á ver desde la escena de la iglesia.

Prosiguió su camino el estudiante y Gringoire siguió á la multitud que subía por la escalera de la sala mayor del tribunal, calculando para sus adentros que no hay espectáculo más propio para disipar la melancolía que un proceso criminal, pues se presta á la risa la habitual estupidez de los jueces. La gente entre la que él andaba se codeaba en silencio; después de largo pisoteo por un corredor sombrío, que serpenteaba por el palacio como el canal intestinal del antiguo edificio, llegó á una puertecilla baja que desembocaba en una sala, y su alta estatura le permitió explorar con la mirada por encima de las cabezas ondulantes de la multitud.

La sala era grande y sombría, lo que contribuía á hacerla parecer mayor aun. Era al caer de la tarde, y ya solo dejaban penetrar las ventanas ojivas un pálido crepúsculo que se apagaba antes de llegar á la bóveda, que la constituía un enorme enrejado de vigas esculpidas, cuyas mil figuras parecía que se movían confusamente en la oscuridad. Había muchas velas encendidas á una y otra parte de las mesas, que derramaban su

luz sobre las cabezas de los escribanos, inclinados sobre inmensos mamotretos. Ocupaba el gentío la parte delantera de la sala; á la derecha y á la izquierda había hombres togados al lado de las mesas; en el fondo, sobre un estrado, numerosos jueces, cuyas últimas filas se perdían en las tinieblas; sus caras estaban inmóviles y tenían expresión siniestra. Cubrían las paredes infinitas flores de lis. Distinguíase confusamente la imagen de Cristo crucificado encima de los jueces, y toda la sala estaba llena de picas y de alabardas, á cuyas puntas daba la luz de las velas remates de fuego.

—Caballero, preguntó Gringoire á uno de sus vecinos, ¿quiénes son todos esos personajes formados allá abajo como prelados en Concilio?

—Caballero, le contestó el vecino, los que están á la derecha son los consejeros de la Sala del Crimen, y los que están á la izquierda son los consejeros de la Sala de Información: los primeros llevan ropón negro y los segundos rojo.

—¿Y el que está más alto que todos, aquel gordo que suda, quién es?

—Es el señor presidente.

—Y los que están detrás de él?

—Son los jueces de instrucción del palacio del rey.

—Y aquel jabalí que está delante?

—Es el señor escribano de la sala del Parlamento.

—Y el cocodrilo de la derecha?

—Maese Felipe Lheulier, abogado extraordinario del rey.

—¿Y aquel gatazo negro de la izquierda?

—Maese Jaime Charmolne, procurador del rey en el Tribunal Eclesiástico, con los señores de la Curia.

—¿Podreis decirme qué hace ahí tanta gente?

—Están juzgando.

—¿A quién?... no veo ningun acusado.

—Juzgan á una mujer, pero no podeis verla, porque nos dá las espaldas y porque nos la oculta el gentío. Allí está, mirad, entre aquel grupo de artesanas.

—¿Quién es esa mujer? ¿Sabeis cómo se llama? preguntó Gringoire.

—Lo ignoro; yo también acabo de llegar, pero presumo que esto es un proceso de hechicería, porque asiste á él el provisor.

—Entonces, contestó el filósofo, vamos á ver cómo esos togados van á comer carne humana. Es un espectáculo como otro cualquiera.

TOMO I.

—¿No os parece, caballero, que maese Jaime Charmolne tiene traza de hombre compasivo?

—No me fio de la compasión que pueda haber en un hombre que tiene las narices arremangadas y los labios sutiles, le contestó Gringoire.

Impuso entonces silencio el auditorio á los dos interlocutores, porque en aquel instante se iba á oír una deposición importante.

—Señores, decía en medio de la sala una vieja, cuyo rostro ocultaban tanto sus ropas, que cualquiera la hubiera tomado por un montón de guñapos andando; señores, tan cierto es esto como que yo soy la Falourdel, establecida hace cuarenta años en el puente de San Miguel, pagando siempre con exactitud rentas, laudemios y censuales, frente por frente á la casa de Tassin-Caillart, el tintorero. Soy una pobre vieja hoy, pero ayer fui una hermosa joven, señores jueces. Hace tiempo que me decían: ¡No hileis mucho por la noche, que el diablo peina con sus cuernos la rueca de las viejas; guardaos del alma en pena del monje, que andaba el año pasado por el lado del Temple y que ahora ronda por la ciudad, cuidado no llame á vuestra puerta! Una noche que estaba yo hilando llaman á mi puerta; pregunto: ¿Quién es? Oigo unos juramentos, abro, entran dos hombres, uno negro y un capitán, buen mozo; al hombre vestido de negro solo se le veían los ojos, que parecían dos brasas. Me dijeron: Dadnos el cuarto de Santa Marta, que es el cuarto más alto, señores, pero que está muy limpio. Me dieron un escudo, lo guardé en el cajón y me dije á mí misma: Me servirá para comprar mañana tripas en la carnicería de la Glorieta. Subimos y llegamos al cuarto; mientras yo volví las espaldas desapareció el hombre negro; esto ya me escamó. El oficial, que era hermoso como un gran señor, bajó conmigo la escalera y salió de casa; tardó en volver el tiempo que se gasta en hilar un copo, y volvió con una joven preciosa, con una muñeca, que hubiera brillado como un sol si hubiera estado peinada; venía con un macho cabrío, no recuerdo si era negro ó blanco. Esto me dió mucho que pensar; ¡la muchacha pase, pero el macho cabrío!... No me gustan esos animales porque tienen barbas y cuernos y se parecen á los hombres; además, huelen á sábado. Pero nada dije, porque me dieron un escudo. Hice bien, ¿no es verdad,

señor juez? Acompañé al cuarto de Santa Marta al capitán y á la jóven, y los dejé solos, quiero decir, con el macho cabrío; bajé y me puse á hilar. Debo advertir que mi casa se compone de un piso bajo y de un piso principal, y que cae por detrás sobre el río, como las demás casas del puente, y que la ventana del principal y la del piso bajo se abren encima del río. Estaba, pues, como decia, hilando el lino, y no sé por qué pensaba en el alma en pena del monje, que me trajeron á la memoria el macho cabrío y la jóven, que iba ataviada de singular manera. De repente oigo arriba un grito, siento que cae algo de peso en el suelo y que la ventana se abre. Corro á la mia, que está debajo, y veo pasar ante mi vista una masa negra que cae en el agua; era un fantasma vestido de sacerdote. Como brillaba la luna, lo pude ver muy bien; ese fantasma se fué nadando hácia la Cité. Entonces, temblando, llamé á la ronda. Entraron los señores de la Docena; por cierto que en el primer momento, no sabiendo de qué se trataba, y como estaban algo achispados, empezaron por pegarme. Pero les dije por qué los llamaba. Subimos al cuarto de Santa Marta y vereis lo que allí encontramos. La habitacion bañada en sangre, al capitán tendido en el suelo, con un puñal clavado; á la jóven como muerta, y al macho cabrío alborotado.—Ya tengo quince días de trabajo si he de lavar bien el piso, me dije á mí misma.—Los señores de la Docena se llevaron al capitán, pobre mancebo! y á la jóven toda despechugada.—Pero no fué eso lo peor, sino que al día siguiente, cuando fui á buscar el escudo para comprar las tripas, encontré en su lugar una hoja seca.

Calló la vieja y un murmullo de horror circuló por todo el auditorio.

—El fantasma y el macho cabrío huelen á mágia, dijo un vecino de Gringoire.

—Y la hoja seca! añadió otro.

—Nadie dude, añadió un tercero, que esa mujer es una bruja que tiene pacto establecido con el alma en pena del monje para desbalijar á los oficiales.

El mismo Gringoire estaba inclinado á parecerle espantosa y verosímil aquella aventura.

—Señora Falourdel, dijo el presidente con majestad; ¿teneis algo más que decir á la justicia?

—No, monseñor, respondió la vieja; únicamente que en el informe se trata á

mi casa de tugurio asqueroso y hediondo, y eso es ultrajarla. Las casas del puente no tienen gran apariencia, porque hay en ellas muchísimos inquilinos, pero no por eso dejan de habitarlas los carniceros, que son personas ricas y casados con mujeres muy limpias.

El magistrado que antes hizo á Gringoire el efecto de un cocodrilo se levantó y dijo:

—Silencio! Pido á los señores que no pierdan de vista que se ha encontrado un puñal sobre el acusado. Señora Falourdel, ¿habeis traído la hoja seca en que se transformó el escudo que os dió el demonio?

—Sí, monseñor, aquí la teneis.

Entregó un ujier la hoja seca al cocodrilo, que la recibió con un lúgubre movimiento de cabeza y se la pasó al presidente, el que se la dió al procurador del rey en la Curia eclesiástica, de modo que la hoja dió la vuelta á la sala.

—Es una hoja de abedul, dijo maese Jaime Charmolne. Otra prueba de mágia.

Un consejero tomó la palabra, diciendo:

—Testigo: dos hombres entraron al mismo tiempo en vuestra casa: el hombre negro, que visteis desaparecer y despues nadar en el Sena, vestido de sacerdote, y el capitán. ¿Cuál de los dos os dió el escudo?

La vieja, despues de reflexionar un momento, contestó:

—El capitán.

Vago rumor se escapó de la multitud.

—Ah, dijo para sí Gringoire; esto hace vacilar mi convicción.

Maese Felipe Lheulier, abogado extraordinario del rey, intervino otra vez del modo siguiente:

—Recuerdo á estos señores que de la declaracion escrita junto al lecho de muerte del oficial asesinado, deponiendo éste que le ocurrió vagamente la idea, al acercársele el hombre negro, de que pudiese ser el alma en pena del monje, añadiendo que el fantasma le excitó con tenaz empeño á que acudiese á la cita de la acusada, y haciéndole presente el capitán que no llevaba dinero, el mismo fantasma le dió el escudo con que el oficial pagó á la señora Falourdel, resulta que ese escudo es una moneda del infierno.

Esta concluyente observacion disipó las dudas de Gringoire y de los demás excépticos del auditorio.

—Estos señores tienen el rollo de los autos, añadió el abogado del rey sentándose, y pueden consultar la declaracion de Febo de Chateaupers.

Al oír este nombre púsose en pié la acusada, levantando la cabeza por encima del gentío. Gringoire, aterrado, reconoció á Esmeralda. Estaba pálida; sus cabellos, antes graciosamente trenzados y ornados de zequies, le caian en desorden; sus labios estaban azulados y sus ojos hundidos asustaban.

—Febo! exclamó delirando, ¿dónde está? ¿Monseñores, antes de matarme decidme si vive todavía!

—Callaos, acusada, la respondió el presidente; eso no os importa.

—Por compasion, decidme si vive! repitió juntando las enflaquecidas manos y haciendo resonar sus cadenas.

—Pues bien, contestó con sequedad el abogado del rey, se está muriendo. ¿Estais contenta?

La desdichada jóven volvió á caer en su asiento, sin voz, sin lágrimas y blanca como una estatua de cera.

Inclinóse el presidente hácia un hombre que estaba á sus piés, que llevaba bonete de oro y ropon negro, una cadena al cuello y una vara en la mano.

—Ujier, introducid á la segunda acusada.

Todas las miradas se dirigieron hácia una puertecilla que se abrió y por la que vió con gran sentimiento Gringoire salir una hermosa cabra con los cuernos y los piés de oro. Paróse en el dintel el elegante animal, alargando el pescuezo, como si, encaramado en la punta de un peñasco, tuviera á la vista un vasto horizonte. Vió de repente á la gitana y, saltando por encima de la mesa y por la cabeza del escribano, púsose en dos saltos sobre las rodillas de su ama y luego se revolcó á sus piés, solicitando de ella una palabra ó una caricia; pero la acusada permaneció inmóvil y la pobre Djali no consiguió obtener ni una mirada.

—Ese es el macho cabrío que vino con ella á casa; las reconozco á las dos, exclamó la Falourdel.

—Si les place á estos señores, procederemos al interrogatorio de la cabra, dijo maese Jaime Charmolne.

Esta era efectivamente la segunda acusada; no era extraño entonces entablar un proceso de brujería contra un animal. Entre otros, se encuentra en las cuentas del Prebostazgo de 1466 un curioso detalle de las costas del proceso

seguido á Gillet-Soulard y á su marrana, ahorcados por sus deméritos en Corbeil. Nada falta en dicho documento, ni el coste de los fosos para meter á la gorrina, ni los quinientos haces de leña menuda tomados en el puerto de Morsant, ni las tres azumbres de vino, ni el pan, última comida del paciente, que partia fraternalmente con el verdugo, ni los ocho días de vigilancia y de alimento de la marrana, á ocho dineros parisiés cada uno. A veces no solo condenaba la justicia de entonces á los animales; los capitulares de Carlo-Magno y de Luis el Benigno imponian grandes castigos á los fantasmas inflamados que se permitian aparecer en el aire.

El procurador del rey del Tribunal Eclesiástico se expresó en estos términos al ocuparse de la cabra:

—Si el demonio que posee á esta cabra, y que resistió á todos los exorcismos, persiste en sus maleficios y con ellos aterra al tribunal, le prevenimos que nos veremos obligados á pedir contra él la horca y la hoguera.

Sudor frío sintió Gringoire al oír lo anterior.

Maese Jaime cogió la pandereta de la gitana y presentándosela de cierta manera á la cabra, la preguntó:

—¿Qué hora es?

Miró la cabra con ojos inteligentes, alzó la pata dorada y dió siete golpes. Movimiento de terror agitó á la muchedumbre. Gringoire no se pudo contener y se dijo: Se pierde miserablemente!... Despues añadió levantando la voz:

—Ya sabeis, señores, que no sabe lo que se hace.

—Silencio! gritó ágríamente el ujier.

Maese Jaime, con los mismos manejos de la pandereta, obligó á hacer á la cabra otras habilidades sobre la fecha del día, el mes del año, etc., de las que el lector ya ha sido testigo. Por una ilusion óptica, propia de los debates judiciales, los mismos espectadores que más de una vez habian aplaudido en las calles y en las plazas aquellas habilidades de Djali, se asustaron viéndoselas repetir bajo las bóvedas del palacio de Justicia. La cabra era el diablo indudablemente.

Se confirmó más ésta creencia cuando, despues de vaciar en el suelo el procurador del rey el saquito de cuero lleno de letras movedizas, que llevaba al cuello la cabra, vieron el público y los jueces que ésta extraia del alfabeto y formaba con la pata el nombre de Febo. Los

sortilegios que hicieron víctima al capitán parecieron completamente demostrados, y para todos, desde entonces, la linda gitana, la hechicera bailarina que tantas veces fascinó al pueblo con su gracia irresistible, solo ya fué un horrible vampiro.

Entre tanto la desdichada no daba señales de vida: ni las graciosas evoluciones de Djali, ni las amenazas del tribunal, ni las sordas imprecaciones del auditorio, nada hacia en ella la menor impresión.

Fué preciso para sacarla de su letargo que la empujase con fuerza un alabardero y que el presidente alzase su voz con tono solemne:

—Acusada, pertenecéis á la raza gitana y estais dedicada á los maleficios. Vos y vuestra cómplice la cabra hechizada, incluida en el proceso, habeis, en la noche del 20 de Marzo último, dado de puñaladas al capitán de los arqueros del rey, Febo de Chateaupers, de acuerdo con las potencias de las tinieblas y con la ayuda de sortilegios. ¿Persistis en negarlo?

—Qué horror! gritó la jóven, ocultándose el rostro con las manos. ¡Febo mio, esto es el infierno!

—Persistis en negarlo? preguntó otra vez el presidente.

—Sí, lo niego, exclamó la acusada con acento terrible, puesta en pié y echando llamas por los ojos.

—Entonces, ¿cómo os explicais los hechos de que se os acusa?

—Ya lo he dicho, respondió ella con voz doliente y entrecortada por los sollozos. No lo sé. Los cometió un sacerdote que yo no conozco, un sacerdote infernal que me persigue.

—Eso es, el alma en pena del monje, repuso el juez.

—Oh, señores, tened compasion de mí! soy una infeliz mujer!...

—Hija de Egipto, añadió el presidente.

Maese Jaime tomó la palabra y dijo:

—En vista de la sensible obstinacion de la acusada, pido para ella la aplicacion del tormento.

—Concedido, contestó el presidente.

Extremeciósela desdichada, pero sin embargo se levantó al mandárselo los guardias de las partesanas y echó á andar con paso bastante firme, precedida de maese Jaime y de los eclesiásticos de la Curia, entre dos filas de alabarderos, hácia una puerta secreta, que se abrió súbitamente y se volvió á cerrar

tras ella, que á Gringoire le pareció que era una boca horrible que se abria para devorarla.

Apenas desapareció la gitana se oyó un balido lastimero: era que lloraba la cabra.

Se suspendió la audiencia, y como un consejero advirtiese que aquellos señores estaban cansados y que seria cosa larga esperar hasta el fin de la tortura, el presidente respondió que el magistrado debe sacrificarse á su deber.

—¡Vaya una trastuela incómoda y desagradable, exclamó el juez anciano, que se hace llevar al tormento cuando no hemos cenado todavía!...

II.

Continuacion del escudo convertido en hoja seca.

Después de subir y bajar algunos escalones en corredores tan sombríos que estaban alumbrados por lámparas en la mitad del día, introdujeron los alabarderos á Esmeralda, á la que acompañaba la lúgubre comitiva, en una estancia siniesta. Esta estancia era de forma redonda y ocupaba el piso bajo de una de aquellas macizas torres que atraviesan, aun en nuestro siglo, la capa de edificios modernos con que el nuevo Paris cubre al antiguo. Ninguna ventana habia en aquel sótano, ni tampoco otra abertura que la entrada baja y cubierta de una enorme puerta de hierro. No faltaba, sin embargo, claridad en aquel sitio; habia un horno practicado en el espesor de la pared, en el que ardía mucho fuego, que inundaba la estancia de calientes reverberaciones y privaba de todo reflejo á una miserable vela que yacía encendida en un rincón. El rastrillo de hierro que servia para cerrar el horno, y que estaba levantado entonces, solo dejaba ver en el orificio del respiradero que llameaba sobre la pared la extremidad inferior de sus barras, como una hilera de dientes negros, agudos y separados. A esta luz rojiza vió la prisionera, alrededor de la estancia, instrumentos espantosos cuyo uso desconocia. En medio de ese infernal aposento yacia un colchon de cuero casi tocando al suelo, sobre el que pendia una correa con ancha hebilla á una punta y atada por la otra á una argolla de cobre que mordía un monstruo chato, esculpido en la clave de la bóveda; tenazas, pinzas, anchas rejas de arado atestaban el interior del horno y se enrojecian entre las áscuas; el sangrien-

to resplandor del horno iluminaba un conjunto de objetos horribles. Aquel tártaro se llamaba sencillamente *el cuarto del tormento*.

Sentado estaba perezosamente sobre el colchon Pierrat Torterne, el atormentador jurado, y sus criados, que eran dos gnomos de cara cuadrada, mandil de cuero y calzones de lienzo, daban vueltas á todo el herraje sobre las brasas.

En vano la infeliz trató de reunir todo su valor; al penetrar en aquella estancia se horrorizó.

Formáronse á un lado los maceros del baile del palacio y al otro los sacerdotes de la Curia. En un rincón habia una mesa y en ésta un tintero, y junto á estos objetos un escribano. Acercóse á la gitana con dulce sonrisa maese Jaime Charmolne y la dijo:

—Insistís, hija mia, en negar?

—Sí, respondió con voz apagada.

—En ese caso, repuso Charmolne, será doloroso para nosotros tener que preguntaros con más insistencia que quisieramos.

—Tened la bondad de sentaros sobre esa cama. Maese Pierrat, dejad el sitio á la acusada y cerrad la puerta.

—Si cierro la puerta se me apagará el fuego, contestó maese Pierrat.

—Pues entonces no la cerreis.

La Esmeralda permanecia en pié; el lecho de cuero en que se habian retorcido tantos infelices la llenaba de espanto; el terror la helaba hasta la médula de los huesos, y permanecia allí atónita y estúpida. Hizo Charmolne una señal y los dos criados la cogieron y la sentaron en la cama. No la hicieron daño, pero sintió, cuando la tocaron aquellos hombres y cuando ella tocó el cuero, afluir toda su sangre al corazón. Miró con ojos extraviados alrededor de la cámara y le pareció que se movian, andando hácia ella para serpentear por todo su cuerpo, morderla y pincharla, todos aquellos deformes útiles de tortura.

—Dónde está el médico? preguntó Charmolne.

—Aquí, respondió un bulto negro, que no habia visto la gitana.

La desdichada se estremeció al verle.

—Acusada, le preguntó por tercera vez el procurador del Tribunal Eclesiástico, ¿insistís en negar los hechos que se os acriminan?

Solo pudo contestar con un movimiento de cabeza esta vez; la voz le faltó.

—Pues bien, respondió maese Jaime,

tendré que cumplir con los deberes de mi oficio.

—Señor procurador del rey, dijo Pierrat con tono brusco, ¿por dónde empezamos?

Dudó un momento Charmolne con el gesto ambiguo del poeta que busca un consonante.

—Por el borceguí, dijo al fin.

Sintióse la infeliz gitana tan abandonada de Dios y de los hombres, que le cayó la cabeza sobre el pecho, como objeto inerte que carece de fuerza para sostenerse por sí mismo.

El médico y el atormentador se acercaron á ella á la vez, y al mismo tiempo los criados registraron en su horrible arsenal. Al chirrido de aquel espantoso herraje se estremeció la desventurada jóven como rana muerta á la que galvanizan.

—Oh! exclamó con voz tan débil y tan baja que nadie pudo oirla; ¡oh Febo mio!...

Luego volvió á sumirse en la inmovilidad y en el silencio del mármol: semejante espectáculo hubiera desgarrado todos los corazones, menos los de los jueces. Asemajábase la jóven en esa situacion al alma pecadora, interrogada por Satanás en el postigo de escarlata del infierno. El miserable cuerpo al que iba á agarrarse el espantoso hormiguero de sierras, de ruedas y de caballetes, el sér humano que iban á asir las ásperas manos de los verdugos y de las tenazas, solo era una tierna, blanca y delicada criatura; ¡pobre grano de trigo, que la justicia humana hacia moler en las atroces muelas de la tortura!

Entre tanto las callosas manos de los criados de Pierrat Torterne desnudaron brutalmente aquella preciosa pierna y aquel diminuto pié que hechizaba á los transeuntes en las calles de Paris.—¡Es una lástima! gruñía el atormentador contemplando aquellas formas graciosas y deliciosas. Si el arcediano hubiese estado presente en aquel momento, se hubiera acordado de su símil de la araña y de la mosca.

En seguida vió Esmeralda, al través de la nube que oscurecía su vista, acercarse el horrible *borceguí*; pronto vió su pié, encajonado entre las planchas de hierro, desaparecer dentro de aquel espantoso aparato. Entonces el terror la volvió las fuerzas.

—Que me quiten esto! gritó con arrebatado; poniéndose en pié y desmelenada, exclamó:—Perdon! perdon!

Arrojóse fuera de la cama para echarse á los piés del procurador del rey, pero tenia presa la pierna en el pesado cepo de encina y de hierro y cayó sobre el borceguí, quebrantada como abeja que tuviese peso de plomo sobre el ala.

A una señal de Charmolne volvieron á sentarla en el lecho y dos toscas manos ciñeron su delgado talle con la correa que pendia de la bóveda.

—Por última vez, ¿confesais los hechos del proceso? preguntó Charmolne con su imperturbable benignidad.

—Soy inocente.

—Entonces, ¿cómo explicais los cargos que se os imputan?

—Yo qué sé!

—Conque lo negais?

—Sí; lo niego todo.

—Adelante! dijo Charmolne á Pierrat.

Dió la vuelta éste á la manilla del tornillo y la infeliz Esmeralda lanzó uno de esos gritos horribles que no tienen ortografía en ninguna lengua humana.

—Deteneos, dijo maese Jaime á maese Pierrat.—Confesais? preguntó á la gitana.

—Todo! gritó la miserable jóven; todo lo confieso; pero, perdon! perdon!

La desdichada no habia calculado sus fuerzas al querer arrostrar el tormento. Pobre niña! Su vida habia sido hasta entonces tan alegre, tan suave y tan dulce, que el primer dolor la venció.

—La humanidad me obliga á deciros, la dijo el procurador del rey, que esa declaracion os conduce á la muerte.

—Así lo espero, contestó la infeliz, cayendo sobre el lecho de cuero, moribunda, doblegada, dejándose coger por la correa prendida á su cintura.

—Ea, buena moza, sosteneos un poco, dijo Pierrat levantándola.

Jaime Charmolne tomó la palabra y dijo:

—Escribano, escribid.—Jóven gitana, ¿confesais que habeis tenido participacion en las *agapas*, *sábados* y maleficios del infierno, con las larvas, duendes y vampiros?

—Sí, contestó tan bajo, que su palabra se confundió con su aliento.

—¿Confesais haber visto el carnero que Belcebú hace aparecer en las nubes para convocar á *sábado*, y que solo es visible para los brujos?

—Sí.

—¿Confesais haber adorado las cabezas de Bofomet, esos abominables ídolos de los templarios?

—Sí.

—¿Declarais haber tenido comercio habitual con el diablo bajo la forma de una cabra familiar, que está unida al proceso?

—Sí.

—¿Confesais y declarais, en fin, que con la ayuda del demonio y del fantasma llamado el alma en pena del monje habeis herido y asesinado á un capitán llamado Febo de Chateaupers, en la noche del 29 de Marzo último?

Levantó Esmeralda los ojos hácia el procurador del rey y, clavándolos en él, respondió maquinalmente, sin convulsion ni violencia:

—Sí.

Era evidente que la razon y el alma estaban eclipsadas en ella.

—Tomad acta, escribano, dijo Charmolne; y luego, dirigiéndose á los atormentadores:—Desatad á la acusada y que vuelva á la audiencia.

Cuando la *descalzaron*, el procurador del rey examinó el pié, todavía entumecido por el dolor, y dijo:—Vamos! No habeis sufrido mucho. Habeis cantado á tiempo; aun podriais bailar.—Y luego, volviéndose hácia sus acólitos de la Curia eclesiástica:—Al cabo ya aclaró sus dudas la justicia; esto consuela, señores! Esta jóven podrá testificar que la hemos tratado con la mayor humanidad posible.

III.

Fin del escudo convertido en hoja seca.

Cuando volvió á entrar Esmeralda, pálida y cojeando, en la sala de la audiencia, la acogió un murmullo general de alegría. Por parte del auditorio significaba la satisfacción de la impaciencia que se experimenta en el teatro al espirar el último entreacto del drama, cuando se levanta el telón y empieza el último acto; por parte de los jueces la esperanza de irse pronto á cenar. También baló de alegría la cabra; quiso correr hácia su ama, pero el animalito estaba atado á un banco.

Era ya completamente de noche: las velas, que no habian aumentado, despedian tan poca luz, que no se veian las paredes de la sala; la oscuridad envolvía todos los objetos con una especie de niebla, y apenas se destacaban en la sombra las fisonomías de algunos jueces. Enfrente de ellos, en la extremidad de la sala, resaltaba sobre el fondo os-

curo un punto blanco, que era la acusada.

Arrastrándose llegó la desdichada á su asiento, y cuando Charmolne se instaló magistralmente en el suyo, se levantó y dijo, sin manifestar gran vanidad por el éxito que acababa de conseguir:

—La acusada lo ha confesado todo.

—Jóven gitana, ¿habeis confesado vuestros hechos de magia y de prostitucion y el asesinato del capitán Febo de Chateaupers? la preguntó el presidente.

Angustióse el corazón de la jóven y oyóse la llorar.

—He confesado todo lo que querais, respondió con voz desfallecida; ¡pero matadme pronto!

—Señor procurador del rey de la Curia eclesiástica, el tribunal está dispuesto á oír vuestros requerimientos.

Exhibió maese Jaime un formidable cartapacio y se puso á leer, haciendo muchos gestos y con el tono declamatorio que se usa en las acusaciones, una peroracion en latin, en la que se confundian todas las pruebas del proceso, entre perífrasis ciceronianas, apoyadas con citas de Plauto, su cómico predilecto.

Sentimos no poder ofrecer á los lectores oracion tan notable. Apenas acabó el exordio, ya el sudor le corria por toda la cara.

De repente, en medio de un hermoso período se interrumpió, y su mirada, habitualmente apacible y hasta estúpida, se hizo fulminante.

—Señores, gritó; tan metido está Satanás en este asunto, que ahí lo teneis asistiendo á nuestros debates y haciendo mofa de su majestad. Miradle.—Esto lo decia señalando con el dedo á la cabra, que, viendo gesticular á Charmolne, creyó que debia hacer otro tanto, y se habia sentado como un perro, y remedaba lo mejor que podia con las manos y la cabeza la pantomima patética del procurador de la Curia eclesiástica, que remedar era una de las habilidades de la cabra. Este incidente, esta última prueba, hizo gran efecto. Ataron las patas á la cabra; el procurador anudó el hilo de su elocuencia. Largo fué el discurso, pero la peroracion era admirable. Hé aquí la última frase, á la cual debe añadirse la voz ronca y la desalentada accion de maese Jaime Charmolne:

—*Ideo, Domni, coram stryga demonstrata, crimine patente, intentione criminis existente, in nomine sanctæ ecclesie Nostræ-*

Domine Parisiensis, quæ est in saisina habendi omnimodam altam et bassam justitiam in illa hac intemerata Civitatis insula, tenore presentium declaramus nos requirere, primo, aliquandam pecuniariam indemnitate; secundo, amendationem honorabilem ante portaliu maximum. Nostræ Domine, ecclesie cathedralis; tertio, sententiam in virtute cujus ista stryga cum sua capella, seu in trivio vulgariter dicto la Greve, seu in insula exenta in fluvio Sequana, juxta pointam jardini regalis, executatæ sint!

Se puso el bonete y se sentó.

—*Eheu!* suspiró Gringoire, traspasado de dolor; *bassa latinitas!*

Otro togado se puso en pié cerca de la acusada; era su abogado.

Los jueces, que no habian cenado aun, empezaron á murmurar.

—Abogado, sed breve, dijo el presidente.

—Señor presidente, respondió éste; puesto que mi defendida ha confesado su crimen, solo debo decir una palabra: Señores: hé aquí el texto de la ley Sállica: "Si un vampiro se come á un hombre y queda confeso y convicto de este crimen, pagará una multa de ocho mil dineros, que son doscientos sueldos de oro." Pido al tribunal que se condene á mi defendida á dicha multa.

—Ese texto está derogado, contestó el abogado extraordinario del rey.

—*Nego*, replicó el otro.

—Que se ponga á votacion! dijo un consejero; el crimen está probado y ya es tarde.

Púsose á votacion el acto, sin salir los jueces de la sala, porque tenian prisa. Veíase en la oscuridad cómo descubrian sus cabezas una á una cuando el presidente les dirigia en voz baja la lúgubre pregunta. La pobre acusada parecia que les miraba, pero sus ojos turbios no veian. Púsose luego á escribir el escribano y entregó un largo pergamino en manos del presidente: oyó entonces la infeliz el rumor que producía el movimiento del público, vió las alabardas entrechocarse y escuchó una voz glacial que decia:

—Jóven gitana, el dia que plazca al rey, nuestro señor, al medio dia os llevarán en un carreton, en camisa, descalza y con una cuerda al cuello, delante de la puerta principal de Nuestra Señora, donde hareis pública retractacion, teniendo en la mano una vela de cera de dos libras de peso, y desde allí os conducirán á la plaza de la Grève, donde sereis ahorcada en el cadalso de la Ciudad,